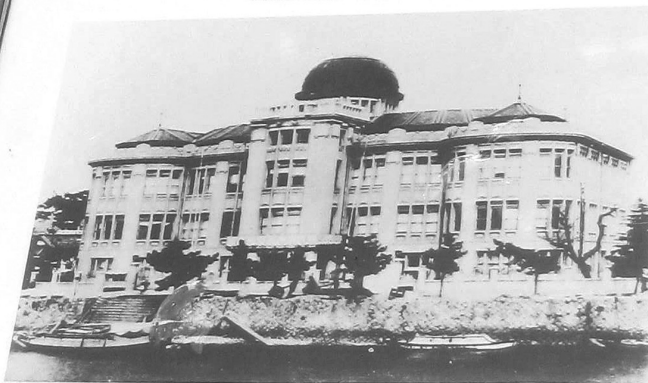




# 世界遺産 原爆

## 広島県物産陳列館の建設

Construction of the Hiroshima Prefectural  
Commercial Exhibition Hall



被爆前の広島県物産陳列館  
The Hiroshima Prefectural Commercial  
Exhibition Hall before the Bombing

(写真提供：広島平和記念資料館)  
(Photo: Hiroshima Peace Memorial Museum)

原爆ドームの元の建物は、チェコ人の建築家ヤン・レツルの設計により1915年(大正4年)4月に広島県物産陳列館として完工し、特徴ある銅色のドームを有する

# Del otro lado del pasado

Texto y foto de Leticia Linn

Todo está en movimiento y sin embargo es distinto. Luce como cualquier ciudad de Japón, pero al bajar del tren ya se siente diferente. No engañan sus edificios nuevos, ni tampoco el ritmo de su gente caminando de un lado al otro. De inmediato se percibe que allí la historia cambió en un segundo, un 6 de agosto 65 años atrás.

Es Hiroshima, la ciudad que padeció el horror de una bomba atómica y perdió, de la manera más atroz, a unas 140 mil personas en meses. Y sin embargo, tantos años después, sorprende su trajín intenso aunque pueblerino, las luces de sus marquesinas y sus rincones a la vera de los ríos, todos ellos ajenos —parece— a tanto dolor pasado. Pero Hiroshima no reniega de ese pasado.

Su memoria late con fuerza en el Parque Memorial de la Paz, un enorme espacio verde, en el que cada elemento recuerda lo sucedido con implacable detalle. Para el visitante desprevenido el encuentro con el pasado alcanza una dimensión tangible: los muertos tienen nombres, y la ciudad una historia anterior que se hizo polvo en un instante. El silencio es un refugio y la cámara de fotos queda en el olvido, mientras empieza un desesperado ejercicio por entender lo que no tiene sentido. Es un sentimiento tan abrumador como inesperado, porque Hiroshima deja de ser un punto de interés turístico para existir en su realidad pasada y actual, con tal contradicción aparente que deja sin palabras.

El recorrido empieza frente al esqueleto de un edificio, hoy la Cúpula de la Bomba Atómica. Es lo único que quedó en pie tras el bombardeo. Casi resulta innecesaria la precisión de que ninguna persona que estaba allí sobrevivió a la explosión. Y sin embargo, es imprescindible, porque uno quiere creer lo contrario con tanta fuerza que hasta por un minuto se convence.

En el Parque Memorial de la Paz, el monumento que recuerda a Sadako Sasaki, una niña afectada con leucemia por efecto de la radiación, le pone cara a la muerte. Siguiendo una tradición japonesa, Sadako intentó hacer mil grullas de papel para que los dioses le concedieran su deseo, de que tanto ella como otros niños enfermos se recuperaran. Murió antes de terminarlas, pero hasta hoy otros niños hacen coloridas ristras de grullas de papel en su honor.

En el Museo Memorial de la Paz la historia del bombardeo palpita con crudeza, pero sin estruendo porque no es necesario. Recorre la Hiroshima prebombardeo y el Japón de la guerra, para llegar a la elección de esta ciudad

Leticia Linn::  
(Montevideo, 1976)  
estudió el Master en Periodismo de la Universidad de Maryland, en Estados Unidos, y la Licenciatura en Comunicación Social de la Universidad Católica del Uruguay. Trabajó en prensa escrita, radio y televisión, y también en la Relatoría Especial para la Libertad de Expresión de la CIDH-OEA. En el último año estuvo viviendo en Kobe, Japón.

como objetivo. Dos imponentes maquetas quitan el aliento de inmediato: una ilustra cómo era la ciudad antes de que cayera la bomba (el distrito financiero y político de Hiroshima, lleno de edificios y puentes), y lo que quedó después, es decir nada. Nada de nada.

Las imágenes de una Hiroshima que despierta al terror del minuto después de la bomba se suceden sin tregua, a veces a través de relatos y dibujos de sobrevivientes sobre gente quemada pidiendo desesperadamente agua, sin saber que eso agilizaría su muerte. La bomba atómica y sus efectos esperan agazapados a la vuelta de otra galería. Están representados en una pared y un escalón con la sombra de lo que hasta ese día fue una persona; recipientes de comida doblados por el calor de la explosión; botellas fundidas; relojes detenidos en la hora en la que cayó la bomba; mechones de pelos de niños que murieron en ese momento o días después por las quemaduras; prendas hechas jirones; un triciclo herrumbrado y viejo que perteneció a un niño muerto ese día. La mayoría de esos objetos resultan tiernos aunque no lo parezcan; son historias de amor de madres y padres que conservaron lo que pudieron encontrar de sus hijos muertos.

Luego vienen las consecuencias de la bomba atómica: la lluvia negra y las enfermedades por efecto de la radiación que siguen hasta la actualidad. Entre tanto horror, sorprenden datos aislados: la rapidez con la que se empezó a construir de nuevo, los pocos días que se tomaron para restituir la electricidad, y la esperanza que generó que las plantas volvieran a crecer. Todos ellos hablan de un pueblo duro. Pero hablan también de una capacidad de recuperación y a la vez de perdón, difíciles de asimilar. Porque durante todo el recorrido uno no puede dejar de preguntarse —indignado, triste, avergonzado— cómo y por qué algo así pudo ocurrir, y cómo pudo esta ciudad sobrevivir el día después.

El punto donde cayó la bomba hace eco de ese espíritu. En una vereda de una calle corta, hay una piedra y una placa que lo recuerdan. Detrás, un *parking* y un edificio. Delante, los autos y la gente pasan como todos los días. Nada más ni nada menos.

Al partir, la ciudad se ve distinta. Hiroshima es sinónimo de horror. Lo que uno se lleva en la piel y en el corazón son los muertos que acaba de conocer, y la desoladora comprensión de lo que hace (y puede hacer) una bomba atómica. Hiroshima también es esperanza, reconstrucción y perdón. La ciudad lo explica cuando regala —sin avisar— a un grupo de niños que quieren practicar su inglés con extranjeros, o a una pareja de ancianos que toma el fresco junto al río, o a tribus de jóvenes que en las noches se reúnen en el parque para cantar. Entonces uno siente que el alma se alivia un poco. Pero solo un poco, porque antes no sabía y ahora uno sabe. ■■